

UN LIBRO SOBRE EL HUMOR EN BORGES (RESEÑA)



Rosa Pellicer

 René de Costa. *El humor en Borges*. Madrid: Cátedra, 1999, 151 pp.

El propósito de este libro es demostrar que leer a Borges es “con frecuencia divertido”. Para ello se propone dar cuenta de las diversas estrategias del humor borgesiano, que van de la ironía al chiste escatológico, de lo sublime a lo ridículo. El humor es uno de los principales recursos para lograr la complicidad del lector, ya que, como dijo Borges, para que se realice es necesario el diálogo. El lector avisado obtiene, al descubrirlo, una “gratificación intelectual”. Ahora bien, habitualmente el humor borgesiano aparece en un contexto serio. Se puede recordar que al hablar con L. Sorrentino del tema, Borges afirmó que “el humorismo escrito es un error”, pero al referirse a “El aleph” concedió que “la broma es perdonable porque está incluida en un contexto quizá trágico”.

El estudio de René de Costa, dividido en seis capítulos y un epílogo, comienza por revisar las primeras ediciones de algunos textos borgesianos con el propósito de mostrar que las modificaciones posteriores tienden a ironizar sobre lo serio. Para ello considera con de-

tenimiento “La biblioteca de Babel”. En el mismo capítulo –“De cómo Borges convierte lo serio en cómico”–, trata de desentrañar los mecanismos del humor y mostrar su conocimiento de las teorías de Bergson y Freud, así como su afinidad con Schopenhauer, a la vez que repasa su etapa ultraísta y recuerda algunas entrevistas en las que se burla del entrevistador. En el segundo capítulo –“De cómo Borges se divierte”–, menciona algunos poemas y se detiene en dar cuenta de cómo la forma ensayística de algunos cuentos es un modo eficaz para manipular al desprevenido lector, que en la relectura encuentra esa “súbita iluminación”, que se convierte en “una sensación de superioridad”. Vuelve a ocuparse de “La biblioteca de Babel”, para insistir en que la crítica académica no ha sabido entender las parodias de los géneros literarios, leyendo a Borges solamente como escritor serio. Este juicio, ya enunciado al comienzo del trabajo, parece excesivo, ya que aunque no es la línea crítica habitual, sí existen estudios sobre el tema, que tal vez deberían mencionarse en este trabajo que, no hay que olvidar, se lee como académico.

El capítulo tercero –“De cómo Borges se divierte a costa de otros”– se ocupa de las consideraciones sobre otros escritores consagrados que aparecen en la primera obra crítica de Borges: Unamuno, Ortega, Joyce, Góngora, se detiene en “las alarmas” de Américo Castro, para mostrar su irreverencia juvenil. El capítulo cuarto lo dedica al estudio de algunos cuentos de *Ficciones* y *El aleph* y el quinto, a *Historia universal de la infamia*, haciendo hincapié en el uso de la retórica clásica al servicio de la estrategia vanguardista, que une realidades alejadas, para producir la incongruencia. Casi sin solución de continuidad, pasa a “La fiesta del monstruo”, pero no se refiere a otras obras en colaboración con Bioy. Finalmente, en el capítulo seis –“Divirtiéndose hasta el final”– analiza las dos últimas colecciones de cuentos, poniendo de manifiesto el cambio del tipo de humor en *El informe de Brodie*: la aparición del humor negro. En cuanto a los relatos “igualmente irreverentes” de *El libro de arena* nota que ahora la tendencia a gastar bromas, “se traduce en chistes prefabricados”.

La lectura del libro, muy apreciable y muy legible por muchos motivos, produce cierta sensación de desconcierto ya que avanza en zig-zag sin que parezca tener un orden premeditado. En epílogo el

autor, consciente de ello, intenta una justificación a la posible falta de estructura evidente. En primer lugar, no ha expuesto la teoría del humor de Borges al no existir una formulación sistemática del mismo. En segundo lugar, el orden temático o cronológico, que sin embargo se mantiene en cierto modo, no le parece adecuado ya que “vivimos en una época de la teoría de la complejidad en la que el razonamiento determinista lineal de metanarrativas de este tipo ya no convence a nadie”, por esta razón ha optado, como es evidente, por un “acercamiento más caótico”. Superado este escolio, no hay duda de que los comentarios de René de Costa ayudan a una lectura menos parcial de los relatos de Borges, a la vez que consigue la sonrisa del lector, que no es poco.

Rosa Pellicer
Universidad de Zaragoza

